

# LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Leopoldo Orozco

## “Una historia de frontera”

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Número 65, julio-septiembre de 2023, pp. 44-46.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana  
Dirección Editorial

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

# Una historia de Frontera

Leopoldo Orozco

generales más poderosos del ejército revolucionario había sido ladrón de vacas, y creo que se lo tomó personal. Circulaban fotografías de este hombre gigantesco en plena cabalgata, brillantes las cananas cruzadas en el pecho, como una fuerza imparable, matando por pura inercia. Una bestia. Así lo veía él. Lo despreciaba. Decía que algún día iba a querer

Veníamos de lejos, de un poco más al norte del estado, y la sensación de acercarnos poco a poco a la frontera con México me hacía sentir como un aventurero de los que aparecen en las novelas. Como no tenía idea de lo que iba a pasar esa misma noche, sentí una emoción irrefrenable cuando vi por primera vez, en el horizonte, las polvaredas que levantaban los caballos. Mi madre no quiso venir con nosotros. Dijo que el espectáculo le parecía salvaje, espantoso. Pero mi padre, asiduo como yo a las emociones fuertes y a las historias de aventuras heroicas –a las que, por supuesto, no teníamos mucho acceso–, me mostró con complicidad el anuncio del periódico, y dijo que no estaría mal escaparnos unos días a El Paso.

Mi padre dio las instrucciones necesarias y dejó al capataz a cargo de las gentes y del ganado. De todos modos, solo nos alejaríamos un par de días como máximo. Tomamos una de las carretas más cómodas, cargada con lo necesario. En la madrugada ya íbamos de camino.

–El Paso sigue siendo pequeña, todos se conocen –me dijo mi padre cuando me desperté. Según él, no sería difícil dar con el sitio indicado.

El problema era que, cuando llegamos por fin, nos dimos cuenta de que una buena parte de los establecimientos habían tenido

**Por supuesto, el tema me parecía fascinante. Los rostros de los bandoleros, curtidos por el sol y la pólvora, subidos a los ferrocarriles en docenas, apenas colgados de sus goznes y fierros; los nuevos generales muertos, fotografiados en su lecho, con mirones sonrientes a su alrededor, revoloteando como moscas; todo eso nos llegaba a través de los periódicos.**

la misma idea. En todos los edificios altos, o bien los que tenían alguna terraza, podía leerse una leyenda similar: “Venga a ver la Revolución mexicana”.

Por supuesto, el tema me parecía fascinante. Los rostros de los bandoleros, curtidos por el sol y la pólvora, subidos a los ferrocarriles en docenas, apenas colgados de sus goznes y fierros; los nuevos generales muertos, fotografiados en su lecho, con mirones sonrientes a su alrededor, revoloteando como moscas; todo eso nos llegaba a través de los periódicos. Sus historias me hacían pensar en las batallas campales de los apaches que aparecían en las novelas por entregas: el salvajismo de las flechas y los cuchillos. Algunos conocidos lejano, sedientos de gloria y de billetes, cruzaron incluso la frontera para alistarse en las tropas de la División del Norte. Muchas veces, para no volver nunca.

Mi padre, por supuesto, los detestaba. Sabía que uno de los

robarnos a las personas como nosotros, de este lado de la frontera, que ni la comíamos ni la bebíamos. No podía entender cómo algunos americanos aceptaban hacer negocios con sus enviados. Sentía hacia ellos una especie de traición, como si hubieran traicionado lo que éramos.

Tal vez por eso mi madre no quería verlos. Tal vez por eso mi padre quería verlos de cerca, por el morbo de verlos morir, de caer como moscas entre las moscas. Si a eso podemos llamarlo de cerca: subir a la terraza de un hotel, sentir el sol quemándole a uno la nuca y las mejillas, y ver de lejos las polvaredas que levantaban los caballos de los exploradores.

Otros también venían de lejos para observar la escena. Sabían que, por decreto, ninguna bala podía cruzar el río, y supe de algunos que se encaramaban en nuestra orilla del Bravo a mirar. Cuando lo supe, les tuve envidia: a lo mejor ellos podían oler la



Calle principal de Durango, México durante la guerra [1913 o después]. Archivo de la Biblioteca del Congreso. Col. Bain News Service. <https://www.loc.gov/item/2016826960/>.

pólvora, el sudor, tal vez hasta el hierro de la sangre y el plomo de las balas. Y yo en este lugar, viendo cómo se levantaban las polvaredas, no tan distintas a las que levantaban los caballos que nos trajeron hasta aquí. Ahí, con los pies casi metidos en el agua, estaba la aventura, el riesgo apenas visible de la muerte. Y nosotros, que habíamos cambiado la emoción por la seguridad, lo observábamos todo como a través de un cristal infranqueable.

Cuando empecé a cansarme de espiar por sobre el barandal de la terraza, empecé a ver a los demás: había mujeres cansadas que arrastraban hijos curiosos y cubiertos por lágrimas y el moco del tedio. Hombres de sombreros grandes y piel enrojecida, muy parecidos a mi padre. Todos esperando el momento en el que empezaran los tiros, tal vez apenas resignándose a que nunca sonarían.

Y era muy posible que todos los ahí presentes se hubieran ido, como víctimas de una estafa, si de verdad no hubieran empezado. Primero se escucharon unos gritos, que a lo lejos sonaban aún más incomprensibles. Tal vez órdenes, rezos, acompañados por columnas de polvo más anchas, más impresionantes. Alguien dijo “ahora sí llegó el momento”. Creo que fue el dueño del hotel, que ya sudaba frío, y su anuncio se parecía al susurro del hombre del circo antes de que sus elefantes pusieran la primera pata sobre los balancines. Como los capataces de mi padre susurraban entre ellos cuando era día de matar un potro.

Algunos se levantaron de sus asientos. Mi padre me lanzó esa mirada que busca el agradecimiento y el sobresalto en los ojos de sus hijos. Pero en ese instante, yo solo miraba ese panorama confuso y lejano con los ojos

apretados, como si con eso pudiera alargar mi vista.

Sonó el primer tiro, como el zumbar de la primera abeja antes de que llegue toda la colmena. Pero solo veía dos masas enormes que chocaban con un estruendo sordo y no terminaban de hacerse una sola, allá, del otro lado. Y cuando el primer grito de dolor sonó apenas, hubo una exclamación de gozo en la terraza. Y otros más llegaron a nosotros, combinados con furia. Y tal vez cañonazos que estallaban en medio del polvo. Pequeñas figuras que de repente dejaban de moverse, que de tan pequeñas y tan lejanas no se podía distinguir si corrían, si se arrastraban, o si bailaban alrededor de las manchas inmóviles, medio muertas.

Me volví de nuevo hacia mi padre. Se escuchaba el barullo. Su mirada me cautivó: había en ella algo de asco, pero también de orgullo, parecía estar lleno de sí mis-



Familia del norte de México [ca. 1915]. Archivo de la Biblioteca del Congreso. Col. Bain News Service. <https://www.loc.gov/item/2014701314/>.

mo. Vi que decía en un murmullo, para sí: animales, son animales. Y los veíamos despedazarse sin entender nada.

Pensé que el trayecto me haría sentir valiente. Que ver la batalla me haría un poco más hombre. No pasó. Me pregunté si debí quedarme en casa. Muchas tardes miré morir a las reses de cerca, entre chillidos, a los cerdos degollados, y me enorgullecía de no apartar la mirada. Pero ahora los ojos se me cerraban sin quererlo, a ratos, y me cuidaba de que mi padre no me viera dudar.

Se había hecho tarde. Así como las columnas de polvo se levantaron, volvieron a regresar a la tierra. Los gritos callaron. No hubo celebraciones, nadie lanzó aullidos heroicos. No supimos quién ganó la batalla.

Mi padre decidió que nos quedaríamos solo una noche en El Paso. Nos dieron de cenar y subimos a una habitación demasiado iluminada. Él cayó dormido casi inmediatamente. Yo no me atreví a apagar la última luz. Cuando por fin me quedé dormido, soñé con un hombre oscuro y gigantesco que llegaba arrastrándose a la puerta del hotel. Dejaba un rastro negro detrás suyo, como una inmensa y sangrienta babosa. Y me pedía ayuda, no entendía sus palabras, pero me veía desde el pasillo, en la recepción. Y sus chillidos incomprensibles atravesaban las paredes. Entendí que debía llevarle agua, pero el miedo me tenía paralizado. Y se acercaba poco a poco. Y podía verlo en el sueño, lleno de agujeros, de plastas de lodo. Me pedía agua, y alcanzaba a verme

con esa mirada que tienen las bestias cuando se desangran, cuando saben que se están desangrando y que todo es inútil.

Meses después, huí de la granja de mi padre. Pregunté sobre la ciudad más cercana, que quedara al norte, y caminé hacia allá, una noche antes de que se abrieran las puertas del matadero. Había decidido que nunca iba a ver a un animal morir otra vez. **LPyH**

**Leopoldo Orozco** (Ensenada, 1996). Premio Nacional de Ensayo Universitario Carlos Fuentes 2023. Autor del libro de minificciones *En la cuerda floja* (2020), de la *plaque* de ensayos *Cinco autorretratos en ausencia* (2021) y del poemario *Relicarios* (de próxima aparición).